

JANE HARPER

AÑOS DE SEQUÍA

Traducción del inglés de
Maia Figueroa



Título original: *The Dry*

Ilustración de la cubierta: Ryan Jorgensen / age fotostock

Copyright © Jane Harper, 2016

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7^a 2^a - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-22-7

Depósito legal: B-16.936-2017

1^a edición, septiembre de 2017

Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

*A mis padres, Mike y Helen,
que siempre me han leído libros*

PRÓLOGO

No se puede decir que la muerte fuera una novedad en esa granja, y las moscardas no sabían distinguir. Para ellas, apenas había diferencias entre los restos de un animal y un cadáver humano.

Ese verano, la sequía había tratado a las moscas a cuerpo de rey. Se lanzaban en busca de los ojos abiertos y las heridas viscosas en cuanto los granjeros de Kiewarra apuntaban con los rifles a sus famélicas reses. Sin lluvia, no había comida. Sin comida, había que tomar decisiones difíciles mientras el pueblo centelleaba un día tras otro bajo el cielo ardiente y despejado.

—Pronto pasará —decían los granjeros a medida que transcurrían los meses, camino ya del segundo año.

Se repetían esas palabras en voz alta unos a otros como si fueran un mantra y las pronunciaban a solas entre dientes, como una oración.

Sin embargo, los hombres del tiempo de Melbourne no estaban de acuerdo. Trajeados y con ademán compasivo, lo decían casi todas las tardes a las seis desde sus platós con aire acondicionado: eran, oficialmente, las peores condiciones en un siglo. El patrón climático tenía un nombre en cuya pronunciación Australia no se había puesto de acuerdo: El Niño.

Al menos las moscardas estaban contentas. No obstante, ese día les deparaba un hallazgo distinto. Más pequeño

y con una carne más tierna. Aunque eso tampoco era relevante. Lo importante no cambiaba: los ojos vidriosos, las heridas húmedas.

El cadáver del claro era el más fresco. Las moscas tardaron un poco más en descubrir los dos de la casa, a pesar de la puerta abierta de par en par como una invitación. Las que se aventuraron más allá de la ofrenda que había en la entrada obtuvieron otro cuerpo como recompensa en el dormitorio. Era más pequeño, pero había menos competencia.

Fueron las primeras en llegar al escenario y, con el calor, se agolparon satisfechas mientras la sangre aún formaba un charco negro en las baldosas y en la alfombra. Fuera, la colada colgaba del tendedero giratorio, seca como un hueso y tiesa por el sol. En el camino de losas de piedra había un patinete abandonado. Sólo un corazón humano latía en un radio de un kilómetro a la redonda de la granja.

Por eso no hubo ninguna reacción cuando, en el interior de la vivienda, el bebé empezó a llorar.

Incluso los que no aparecían a las puertas de la iglesia entre una Navidad y la siguiente se daban cuenta de que ese día no habría asientos para tantos dolientes. Cuando Aaron Falk llegó con su coche levantando una nube de polvo y hojas secas, en la entrada se había formado ya un cuello de botella de color negro y gris.

Decididos a avanzar, pero disimulando, los vecinos se daban empujones para conseguir una posición ventajosa a medida que la aglomeración iba franqueando lentamente las puertas. Los periodistas se acumulaban al otro lado de la calle.

Falk aparcó su sedán junto a una camioneta que también había conocido tiempos mejores, y apagó el motor. El ventilador del aire acondicionado hizo un traqueteo al detenerse y el interior del vehículo empezó a calentarse de inmediato. A pesar de que no tenía tiempo, se tomó un momento para contemplar al grupo de gente. Había remoloneado durante todo el viaje desde Melbourne, con lo que había tardado más de seis horas en cubrir un trayecto de cinco. Tras comprobar que no había nadie cuyo rostro le sonara, salió del coche.

El calor de media tarde lo envolvió como una manta. Al abrir la portezuela trasera para sacar la chaqueta, se quemó la mano. Tras un instante de duda, cogió también el sombrero que había en el asiento. Ala ancha, lona rígida

de color marrón; no quedaba bien con su traje de funeral, pero con un cutis que la mitad del año tenía el tono azulado de la leche desnatada y la otra mitad lucía un racimo de pecas de aspecto canceroso, a Falk no le importaba correr el riesgo de meter la pata en cuestiones de indumentaria.

Pálido de nacimiento, de pelo rubio casi blanco muy corto, y pestañas invisibles, a lo largo de sus treinta y seis años había pensado más de una vez que el sol australiano trataba de decirle algo. Era más fácil desoír el mensaje en las sombras alargadas de Melbourne que en Kiewarra, donde el refugio a la sombra era un lujo demasiado fugaz.

Falk echó un vistazo a la carretera que salía del pueblo y después miró la hora. El funeral, los pésames, una noche de hostel y se largaría de allí. «Dieciocho horas», calculó. No más. Con esa idea en mente, trotó hacia la multitud sujetándose el sombrero con una mano, justo cuando una ráfaga de aire caliente levantaba más de una falda.

Una vez dentro, vio que la iglesia era más pequeña de lo que recordaba. Apretujado entre desconocidos, Falk se dejó llevar por la corriente de los que allí se congregaban y, en cuanto vio un sitio libre junto a la pared, se dirigió hacia allí de prisa y se hizo un hueco al lado de un granjero con camisa de algodón, cuya barriga parecía a punto de hacer saltar los botones. El hombre lo saludó levantando la barbilla y continuó mirando al frente. Falk se fijó en las arrugas de la tela alrededor del codo; hacía muy poco que se había bajado las mangas.

Se quitó el sombrero y se abanicó con discreción. No podía evitar mirar a su alrededor. De pronto veía con más claridad algunas caras que al principio le habían parecido desconocidas, y se llevaba una sorpresa repentina e ilógica ante las patas de gallo, los cabellos canosos y los kilos de más que iba descubriendo entre los asistentes.

Un hombre mayor que él captó su mirada desde dos filas más atrás con una inclinación de cabeza e intercambiaron una sonrisa triste de reconocimiento. ¿Cómo se llamaba? Trató de recordarlo, pero no lograba concen-

trarse. Había sido maestro, y en la única imagen suya que Falk conseguía evocar lo veía al frente de la clase, tratando con mucho ánimo de que la Geografía o la Marquetería, o algo por el estilo, le pareciese entretenida a un grupo de adolescentes. Pero se trataba de un recuerdo muy borroso.

El hombre señaló con la cabeza el banco en el que estaba sentado, indicando que podía hacerle un hueco, pero Falk lo rechazó con educación y se volvió hacia delante. En circunstancias normales tenía por costumbre evitar las conversaciones de compromiso, y no cabía duda de que aquel día era mil veces peor que cualquier circunstancia normal.

Por Dios, qué pequeño era el ataúd del centro. Y al verlo entre los otros dos, mucho más grandes, el efecto era más acusado. Si es que eso era posible. Había niños pequeños peinados con la raya al lado y el pelo pegado al cráneo señalándolo:

—Mira, papá, esa caja tiene los colores del fútbol.

Los que tenían edad suficiente para saber qué había dentro lo miraban sumidos en un silencio consternado, revolviéndose en sus uniformes escolares mientras se acercaban un poco más a sus madres.

Encima de los tres féretros, los cuatro miembros de la familia los contemplaban desde una fotografía ampliada. Las estáticas sonrisas estaban demasiado ampliadas y se habían pixelado. Falk reconocía la imagen porque la había visto en las noticias. La habían mostrado muchas veces.

Debajo, los nombres de los fallecidos escritos con flores de la zona. Luke. Karen. Billy.

Falk miró la foto de Luke. En la cabellera negra se le adivinaba alguna cana, pero aun así parecía estar en mejor forma que la mayoría de los hombres al pasar la frontera de los treinta y cinco. El rostro le pareció algo más envejecido de lo que recordaba, pero habían transcurrido casi cinco años. La sonrisa franca y segura no había cambiado, y tampoco la mirada de complicidad. «Igual que siempre», fueron las palabras que le vinieron a la mente. Pero los tres ataúdes las contradecían.

—Joder, qué tragedia —se lamentó de pronto el granjero que Falk tenía al lado.

Tenía los brazos cruzados, los puños bien metidos bajo las axilas.

—Es terrible —respondió Falk.

—¿Los conocías mucho?

—No, no mucho. Sólo a Luke, el...

Durante un instante vertiginoso no encontró palabras para describir al hombre que estaba dentro del féretro más grande. Pensó con ahínco, pero lo único que le venía a la cabeza eran los clichés que había empleado la prensa sensacionalista.

—El padre —consiguió decir al final—. De jóvenes éramos amigos.

—Sí, ya sé quién es Luke Hadler.

—Creo que ahora lo sabe todo el mundo.

—¿Todavía vives por aquí? —preguntó el granjero, y volvió su figura corpulenta hacia Falk para mirarlo por primera vez con atención.

—No. Hace mucho que no.

—Vaya. Pero me parece que te he visto antes. —El granjero frunció el ceño, tratando de ubicarlo—. Oye, no serás uno de esos reporteros de los cojones, ¿verdad?

—No, soy policía. En Melbourne.

—¡No me digas! Pues deberíais estar investigando a la mierda de gobierno que tenemos, por dejar que las cosas se estropeen tanto.

El hombre señaló con la cabeza el lugar donde estaba el cadáver de Luke junto al de su esposa y al de su hijo de seis años.

—Nosotros estamos aquí, intentando dar de comer al país con el peor clima en cien años, y ellos no hacen más que hablar de recortar las subvenciones. Según cómo, no puedes ni echárselo en cara al pobre cabrón. Es un put...

Se calló y miró alrededor.

—Es un escándalo. Eso es lo que es.

Falk no dijo nada mientras reflexionaban los dos sobre la incompetencia de Canberra. En las páginas de la prensa

ya les habían dado suficientes vueltas a los potenciales culpables de la muerte de la familia Hadler.

—Entonces, ¿has venido para investigar el caso?

El hombre señaló los ataúdes con el mentón.

—No, he venido sólo como amigo —contestó Falk—. No estoy seguro de que haya nada que investigar.

Sabía del asunto lo mismo que los demás, lo que había oído en las noticias. Por lo que se decía, todo estaba muy claro. La escopeta pertenecía a Luke. Más tarde la encontraron metida en lo que le quedaba de boca.

—No, ya me imagino que no —respondió el granjero—. Lo he pensado porque al ser su amigo y eso...

—Tampoco soy esa clase de policía. Soy federal. Investigo delitos financieros.

—Eso para mí no quiere decir nada, amigo.

—Significa que persigo el dinero. Cualquier cantidad con unos cuantos ceros al final y que no esté donde debería. Blanqueado o malversado, cosas así.

El hombre contestó algo, pero Falk no lo oyó. Había dejado de mirar los tres féretros para fijarse en los dolientes del primer banco. Era el espacio que estaba reservado a los familiares. Para que éstos pudiesen sentarse delante de todos sus amigos y vecinos y ellos, a su vez, les mirasen el cogote y diesen gracias a Dios por no estar en su lugar.

Habían pasado veinte años, pero Falk reconoció al padre de Luke de inmediato. Gerry Hadler tenía el rostro gris y los ojos hundidos. Aunque se había sentado en primera fila, como correspondía, tenía la cabeza vuelta hacia otro lado. No prestaba atención a su esposa, que sollozaba junto a él, ni a las tres cajas de madera que contenían los restos de su hijo, de su nuera y de su nieto. En su lugar, miraba fijamente a Falk.

De unos altavoces colocados en algún sitio del fondo salieron unas notas de música. El funeral comenzaba. Gerry le hizo una leve inclinación de cabeza y Falk se metió la mano en el bolsillo de manera inconsciente. Palpó la carta que le habían dejado sobre la mesa dos días antes.

Era justamente de Gerry Hadler, siete palabras escritas con mala letra:

Luke mintió. Tú mentiste. Ven al funeral.

Falk fue el primero en apartar la vista.

Se le hacía difícil contemplar las fotografías: un montaje proyectado en bucle en una pantalla en la pared frontal, dentro de la iglesia. Luke celebrando un gol como benjamín; Karen de niña, saltando una valla montada en un poni. Aquellas sonrisas congeladas tenían un punto grotesco y Falk se dio cuenta de que no era el único que prefería no mirar.

La pantalla cambió de nuevo y Falk se sorprendió al reconocerse. Lo miraba una imagen borrosa de sí mismo con once años. A su lado estaba Luke, ambos con el torso desnudo y la boca abierta, mostrando un pez pequeño que colgaba de un sedal. Parecían felices. Trató de recordar el momento en que se la hicieron, pero no lo logró.

La presentación continuaba. Fotografías de Luke, seguidas de otras de Karen, ambos sonriendo como si no fuesen a dejar de hacerlo nunca, y entonces Falk apareció de nuevo. Esa vez se le cortó la respiración y, a juzgar por el murmullo que recorrió la nave como una ola, supo que no era el único a quien la imagen había afectado.

Era una versión más joven de sí mismo acompañado de Luke, los dos con brazos y piernas larguiruchos y la piel marcada por el acné. Sonreían igual que en las fotografías anteriores, pero esa vez formaban parte de un cuarteto. Luke tenía a una adolescente delgada de melena dorada cogida por la cintura, mientras que Falk, más cauto, le había posado la mano en el hombro a una chica de melena larga y negra y ojos oscuros.

No podía creer que hubiesen incluido esa instantánea. Miró a Gerry Hadler, que mantenía la vista fija al frente

y apretaba la mandíbula. Notó que el granjero que tenía a su lado cambiaba de postura y se apartaba medio paso. Acababa de caer en la cuenta de quién era él, pensó Falk.

Se obligó a mirar la imagen. El cuarteto. A la chica que estaba a su lado. Miró aquellos ojos hasta que desaparecieron de la pantalla. De esa foto sí recordaba cuándo se la habían sacado: una tarde hacia el final de un largo verano. Había sido un día genial. Una de las últimas fotos de los cuatro juntos. Dos meses después, la chica de los ojos oscuros estaba muerta.

«Luke mintió. Tú mentiste.»

Se quedó un minuto mirando el suelo y, cuando levantó la vista de nuevo, las fotos habían dado un salto en el tiempo y Luke y Karen sonreían el día de su boda, con poses rígidas y formales. Habían invitado a Falk. Intentó recordar qué excusa les había dado para no ir. Demasiado trabajo, casi seguro.

Empezaron a aparecer las primeras imágenes de Billy. Un bebé de cara enrojecida y después un niño de uno o dos años con una buena mata de pelo. Ya se parecía un poco a su padre. Con pantalones cortos al lado del árbol de Navidad. Toda la familia disfrazada, un trío de monstruos con la pintura agrietada alrededor de las sonrisas. Un salto de unos años y una Karen algo más mayor acunaba a otro bebé.

Charlotte. La afortunada. Ella no tenía su nombre escrito con flores. Como obedeciendo una señal, Charlotte, que ya tenía trece meses y estaba sentada en primera fila en el regazo de su abuela, se echó a llorar. Barb Hadler la apretó contra su pecho con un brazo y la meneó con ritmo nervioso. Con la otra mano se llevó un pañuelo de papel a los ojos.

Falk, que no era experto en bebés, no estaba seguro de si Charlotte había reconocido a su madre en la pantalla. O tal vez le había molestado que la incluyeran en la presentación conmemorativa cuando todavía estaba bien viva. Pensó que acabaría acostumbrándose a eso; no le quedaba más remedio. Una cría destinada a crecer con la etiqueta de única superviviente no tenía muchos lugares donde esconderse.

La música se fue apagando y las últimas fotografías se proyectaron en medio de un silencio incómodo. Cuando alguien encendió las luces se notó una sensación de alivio colectivo y, mientras un capellán con sobrepeso se esforzaba por subir los escalones que llevaban al atril, Falk miró aquellos horribles féretros una vez más. Pensó en la chica de los ojos oscuros y en una mentira forjada y acordada veinte años antes, cuando el miedo y las hormonas de la adolescencia le corrían por las venas.

«Luke mintió. Tú mentiste.»

¿Tan corto era el trayecto entre esa decisión y el momento actual? La pregunta le dolía como una magulladura.

Una mujer mayor que estaba entre el gentío dejó de mirar el altar y se fijó en él. No la conocía, pero ella inclinó la cabeza de forma automática, en un educado gesto de reconocimiento. Falk apartó la mirada. Cuando se volvió de nuevo, la mujer continuaba con la vista clavada en él. De pronto frunció el ceño y se dirigió a la anciana que tenía al lado. A Falk no le hacía falta leer los labios para saber lo que le había susurrado.

«El chico de los Falk ha vuelto.»

De inmediato, la segunda mujer le echó un vistazo rápido y confirmó las sospechas de su amiga con una inclinación de cabeza. Se volvió hacia el otro lado y le musitó algo a la siguiente mujer. Falk sintió una opresión en el pecho. Miró el reloj. «Diecisiete horas.» Y entonces se marcharía. Otra vez. Gracias a Dios.

—Aaron Falk, ¡ni se te pase por la cabeza marcharte, maldita sea!

Estaba de pie junto al coche, resistiéndose al impulso de montar en él y largarse. La mayoría de los asistentes al funeral recorrían ya el trayecto, corto pero pesado, hasta el lugar de la recepción. Se volvió hacia la voz y no pudo evitar esbozar una sonrisa.

—¡Gretchen!

La mujer tiró de él para abrazarlo y le apretó la frente contra el hombro. Él apoyó la barbilla en su cabeza rubia y permanecieron así un minuto, con un leve balanceo hacia atrás y hacia delante.

—Dios mío, cuánto me alegro de verte —dijo ella con la voz amortiguada por la camisa.

—¿Cómo estás? —preguntó él cuando la mujer lo soltó.

Gretchen Schoner se encogió de hombros y, al quitarse las gafas de sol baratas que llevaba, dejó a la vista sus ojos enrojecidos.

—Pues no muy bien. Mal, de hecho. ¿Y tú?

—Yo igual.

—Desde luego estás igual —respondió ella y consiguió ofrecerle una sonrisa precaria—. Veo que sigues explotando el *look* albino.

—Tú tampoco has cambiado mucho.

La mujer soltó un resoplido, pero recuperó la sonrisa al instante.

—¿En veinte años? ¡Venga ya!

Falk no trataba de halagarla. Gretchen seguía siendo perfectamente reconocible por su parecido con la foto que habían proyectado en el funeral.

La cintura que Luke había rodeado con un brazo era ahora un poco más ancha y el rubio juvenil de la melena tal vez fuese de bote, pero los ojos azules y los pómulos prominentes eran Gretchen al cien por cien. Los pantalones de traje y la blusa que llevaba eran algo más estrechos que el atuendo tradicional para los funerales, y no se la veía del todo cómoda con el conjunto. Falk se preguntó si se los habrían prestado, o si serían prendas que casi no se ponía.

Gretchen estaba llevando a cabo el mismo escrutinio y, cuando sus miradas se cruzaron, se rió. De inmediato le pareció más joven y alegre.

—Vamos —propuso ella y le apretó el antebrazo. Falk notó que tenía la palma de la mano fresca—. Vamos a dar el pésame en el centro cívico. Pasemos el mal trago juntos.

En cuanto echaron a andar calle abajo, Gretchen llamó a un niño que estaba dando golpecitos a algo con un palo. Él levantó la cabeza y, con desgana evidente, abandonó lo que estaba haciendo. Cuando Gretchen le tendió la mano, dijo que no con la cabeza y se puso a trotar por delante de ellos, blandiendo el palo como si fuera una espada.

—Es mi hijo, Lachie —explicó Gretchen, mirando a Falk de soslayo.

—Sí, claro. —Falk había tardado un momento en recordar que la chica que él había conocido ahora ya era madre—. Me contaron que habías tenido un bebé.

—¿Quién? ¿Luke?

—Debió de ser él. Pero hace ya un tiempo, evidentemente. ¿Cuántos años tiene?

—Cinco nada más, pero siempre quiere ser el jefe.

Observaron a Lachie, que se defendía de atacantes invisibles con su espada improvisada. Tenía los ojos gran-

des y el pelo rizado y de un color terroso, y Falk no veía mucho de su madre en los rasgos afilados del niño. Intentó recordar si Luke había mencionado que ella tuviera pareja o quién era el padre, pero le pareció que no. Quería pensar que se acordaría de esa información. Le miró la mano izquierda. No llevaba anillo, pero eso ahora ya no significaba gran cosa.

—¿Qué tal te va la vida familiar? —le preguntó finalmente, a ver qué pescaba.

—Me va bien. A veces me cuesta controlar a Lachie —explicó Gretchen en voz baja—, y además estamos los dos solos. Pero es un buen chico. Y nos las arreglamos. Al menos de momento.

—¿Y tus padres siguen teniendo la granja?

Ella dijo que no con la cabeza.

—Dios, no. Se jubilaron y la vendieron hará unos ocho años. Se mudaron a Sídney y compraron un apartamento pequeñito a tres calles de mi hermana y de sus niños. —Gretchen se encogió de hombros—. Dicen que están a gusto allí, que les gusta la vida de ciudad. Resulta que mi padre hace Pilates.

Falk no pudo evitar sonreír al imaginar al señor Schoner, antítesis de la sofisticación, concentrado en su yo interior y en la respiración.

—¿No tuviste la tentación de ir con ellos?

Ella soltó una risa sin humor y señaló los árboles secos que bordeaban la calle.

—¿Y dejar todo esto? No, he estado aquí demasiado tiempo. Lo llevo en la sangre. Ya sabes cómo es... —Interrumpió la frase a medias y lo miró de reojo—. O a lo mejor no. Perdona.

Falk rechazó aquel comentario con un gesto de la mano.

—¿A qué te dedicas?

—Soy granjera, cómo no. Bueno, por lo menos lo intento. Compré la finca de los Kellerman hace un par de años. Tengo ovejas.

—¿En serio?

Falk estaba impresionado. Era una finca muy solicitada. O por lo menos lo había sido cuando él era joven.

—¿Y tú? —quiso saber ella—. Me han contado que te has metido a policía.

—Sí, es cierto. Policía Federal. Y ahí sigo.

Caminaron un rato en silencio. El canto frenético de los pájaros en los árboles sonaba como él lo recordaba. Un poco más adelante, los grupos de asistentes al funeral parecían borrones en la carretera seca y polvorienta.

—¿Cómo están las cosas por aquí?

—Fatal.

La palabra era un punto y aparte. Gretchen se golpeó los labios con el dedo, con la energía nerviosa de una antigua fumadora.

—Bastante mal estaban ya las cosas antes. La gente teme por el dinero y por esta sequía. Y de repente pasa esto con Luke y su familia. Es terrible, Aaron. Espantoso. Se nota en el ambiente. Todos vamos de acá para allá como si fuéramos zombis. No sabemos qué decir ni qué hacer. Nos vigilamos unos a otros para ver cuál será el próximo en estallar.

—Dios mío.

—Sí. Ni te lo imaginas.

—¿Luke y tú seguíais siendo amigos? —preguntó Falk por curiosidad.

Gretchen vaciló. Apretaba tanto los labios que se le convertían en una línea invisible.

—No. Hacía años que ya no teníamos relación. No era como cuando estábamos los cuatro.

Falk pensó en la foto. Luke, Gretchen, él mismo. Y también Ellie Deacon, con su melena larga y oscura. Eran inseparables. Tenían los estrechos lazos de la adolescencia, cuando estás convencido de que tus amigos son tus almas gemelas y esa unión durará para siempre.

«Luke mintió. Tú mentiste.»

—Es obvio que tú sí mantuviste el contacto con él —comentó Gretchen.

—A épocas.

Al menos eso era cierto.

—De vez en cuando, si él venía a Melbourne, quedábamos para tomar una cerveza. Cosas así. —Falk hizo una pausa—. Pero ahora llevábamos unos años sin vernos. Ya sabes, cada vez estamos todos más ocupados. Él tenía su familia y yo he estado trabajando mucho.

—No pasa nada, no tienes que buscar excusas. Todos nos sentimos culpables.

El centro cívico era un hervidero. Falk se paró en los escalones y Gretchen le tiró del brazo.

—Vamos, que no pasa nada. La mayoría de la gente ni se acordará de ti.

—Habrá muchos que sí. Sobre todo después de la foto de la iglesia.

Gretchen hizo una mueca.

—Ya, a mí también me ha impresionado. Pero mira, hoy todos tienen otras cosas de qué preocuparse. Agachas la cabeza, salimos por atrás y ya está.

Sin esperar a que respondiese, cogió a Falk por la manga con una mano y a su hijo con la otra y los condujo dentro, esquivando al gentío. El ambiente era sofocante. El aire acondicionado del centro hacía todo lo que podía, pero con tantas personas apiñadas refugiándose del sol, la batalla estaba perdida. Los asistentes charlaban con solemnidad y hacían malabares con los vasos de plástico y los platos donde tenían los pedazos de pastel de chocolate y nata.

Gretchen se acercó a la puerta de cristal; la claustrofobia colectiva había obligado a los últimos en llegar a salir a un pequeño jardín con el césped medio seco. Encontraron un poco de sombra junto a la verja y Lachie fue a probar suerte con la chapa ardiente del tobogán metálico.

—No hace falta que te quedes conmigo si eso va a estropear tu reputación —dijo Falk, y se inclinó un poco el sombrero para protegerse la cara.

—Anda, calla ya. Además, para estropearla me basto yo sola.

Falk echó un vistazo alrededor y vio a una pareja de ancianos que quizá hubiesen sido amigos de su padre. Hablaban con un joven agente de policía que, con botas y perfectamente uniformado, estaba sudando bajo el sol de la tarde. Le brillaba la frente mientras asentía con educación.

—Eh, ¿ése es el sustituto de Barberis? —preguntó Falk. Gretchen siguió su mirada.

—Así es. ¿Te enteraste de lo de Barberis?

—Sí, claro. Una triste pérdida. ¿Te acuerdas de cómo nos mataba de miedo con aquellas historias de terror sobre lo que les pasaba a los niños que juegan con las máquinas de las granjas?

—Sí. Hacía veinte años que se merecía ese ataque al corazón.

—Pero de todos modos yo lo sentí —dijo Falk, hablando en serio—. ¿Quién es el nuevo?

—El sargento Raco. Y si te parece que se chupa el dedo es porque se chupa el dedo.

—¿Crees que no sirve? A mí me parece que se maneja bien con la gente.

—No lo sé, la verdad. Cuando pasó todo esto, él no llevaba aquí ni cinco minutos.

—Pues vaya marrón le ha caído en sus primeros cinco minutos.

Gretchen iba a contestar, pero de pronto hubo un revuelo alrededor de la puerta de cristal y la multitud se apartó con respeto justo cuando Barb y Gerry Hadler salían al jardín, parpadeando por el sol. Iban cogidos de la mano y fueron saludando a todos los presentes. Unas pocas palabras, un abrazo, un gesto alentador con la cabeza, y a por los siguientes.

—¿Cuánto hace que no hablas con ellos? —le susurró Gretchen.

—Veinte años, hasta la semana pasada —respondió Falk.

Esperó. Cuando Gerry los vio, todavía estaba al otro extremo del jardín. Se apartó de una mujer oronda en pleno saludo y la dejó abrazando el aire.

«Ven al funeral.»

Falk había acudido, tal como él le había mandado. Miró al padre de Luke mientras se le acercaba.

Gretchen interceptó a Gerry con un abrazo antes de que llegase a Falk y el hombre lo miró por encima del hombro de ella con sus pupilas enormes y brillantes. Falk se preguntó si estaría tomando algún tipo de medicación para soportar el día. Cuando Gretchen lo soltó, Gerry estrechó la mano de Falk con un apretón fuerte y caliente.

—Veo que has podido venir —dijo en tono neutro.

Gretchen esperaba a un lado.

—Sí —respondió Falk—. Recibí la carta.

Gerry lo miró a los ojos.

—Muy bien. Me pareció importante que estuvieses aquí. Por Luke. Y he de decir, amigo, que no tenía claro que fueses a aparecer.

La última frase quedó colgando en el aire.

—Por supuesto, Gerry. Era importante que viniese.

Las dudas del hombre no eran infundadas. Una semana antes, Falk estaba sentado a su mesa de Melbourne, sin apartar la vista de la foto de Luke del periódico, cuando de pronto le sonó el teléfono. Con una voz vacilante que no había oído desde hacía dos décadas, Gerry le informó de dónde y cuándo sería el funeral. «Nos veremos allí», había añadido luego, en un tono que dejaba claro que no se trataba de una pregunta.

Falk había farfullado algo sobre unos compromisos de trabajo, sin atreverse a mirar los ojos pixelados de Luke en el diario. Lo cierto era que en aquel momento aún no se había decidido. Dos días más tarde le llegó la carta. Gerry debía de haberla enviado nada más colgar.

«Tú mentiste. Ven al funeral.»

Esa noche, Falk había dormido mal.

Ambos miraron a Gretchen con ademán incómodo. Ella tenía el ceño fruncido y la mirada perdida en la distan-

cia, donde su hijo trepaba a las barras de mano sin mucha estabilidad.

—Esta noche te quedas en el pueblo —dijo Gerry.

De nuevo, Falk notó que no era una pregunta.

—Sí, en una de las habitaciones del pub.

Se oyó un aullido desde la zona de juegos y Gretchen chistó con frustración.

—Mierda. Ya sabía yo que pasaría. Perdonadme.

Se marchó corriendo.

Gerry cogió a Falk del codo y lo hizo volverse para apartarlo de los demás. Le temblaba la mano.

—Tenemos que hablar antes de que ella regrese.

Falk se soltó con un movimiento discreto y controlado del brazo, consciente de que estaban rodeados de gente. No estaba seguro de quién había por allí ni de si alguien los estaba mirando.

—Gerry, por el amor de Dios, ¿qué quieres?

Se obligó a adoptar una postura que lo hiciese parecer relajado.

—Si estás intentando chantajearme, o algo por el estilo, ya te digo que no te servirá de nada.

—¿Qué? Por Dios, Aaron. No, no es nada de eso.

—La sorpresa de Gerry parecía auténtica—. Si hubiese querido causar problemas lo habría hecho hace años, ¿no te parece? No tuve ningún reparo en olvidarme del asunto. Joder, me encantaría seguir igual, pero ahora ya no puedo, ¿entiendes? ¿Después de esto? Con Karen y Billy muertos. Él no tenía ni siete años. —Se le quebró la voz—. Mira, siento lo de la carta, pero necesitaba que vinieses. Tengo que saberlo.

—¿Saber el qué?

Pese a la luz intensa del sol, los ojos de Gerry parecían casi negros.

—Si Luke ya había matado antes.

Falk guardó silencio. No le preguntó a Gerry qué quería decir.

—Ya sabes... —continuó éste, pero se calló cuando una mujer muy solícita se acercó renqueando para informarle de que el capellán necesitaba hablar con él. De inmediato, a ser posible.

—Joder, esto es un caos —se quejó Gerry.

La mujer carraspeó y cambió su expresión a otra de atormentada paciencia.

Gerry se volvió hacia Falk.

—Será mejor que me vaya. Luego te llamo.

Le estrechó la mano y se la sostuvo un segundo más de lo necesario.

Falk asintió con la cabeza. Lo entendía. Gerry siguió a la mujer y se alejó encorvado, empequeñecido.

Gretchen regresó sin prisa después de consolar a su hijo y, junto a Falk, miró marcharse a Gerry.

—Tiene pinta de estar fatal —comentó en voz baja—. Me han dicho que ayer le gritó a Craig Hornby en el supermercado. Que lo acusó de burlarse de la situación. Un poco raro me parece. Hace cincuenta años que son amigos.

Falk no podía imaginar que nadie, y mucho menos el estoico Craig Hornby, fuera capaz de hacer bromas sobre aquellos tres féretros espantosos.

—¿De verdad que Luke no dio ningún aviso?

No podía morderse la lengua más tiempo.

—¿Como qué? —preguntó Gretchen. Una mosca le aterrizó en el labio y ella se la quitó con gesto impaciente—. ¿Te refieres a si iba por la calle con una escopeta, amenazando con cargarse a su familia?

—Gretch, por Dios, era sólo una pregunta. Quiero decir si estaba deprimido o algo.

—Perdona, es este calor. Todo parece peor de lo que es. —Hizo una pausa—. Mira, en Kiewarra apenas queda nadie que no esté fuera de quicio. Pero si te digo la verdad, Luke no parecía estar pasándolo peor que cualquier otro. Al menos nadie reconoce haber visto lo contrario.

Gretchen miró al infinito con gesto lúgubre.

—Tampoco es fácil saberlo —continuó al cabo de un momento—. Todo el mundo está enfadado. Pero no es

que lo estén con Luke exactamente. Parece que los que más mierda están echándole encima no lo odien por lo que ha hecho. Es raro. Es más bien como si estuvieran celosos.

—¿De qué?

—De que haya hecho lo que ellos no son capaces de hacer, creo. Porque él ahora se ha librado de todo esto, ¿no? Mientras los demás nos pudrimos aquí, Luke ya no tiene que preocuparse de las malas cosechas ni de cuánto podrá pagar las facturas o cuándo lloverá otra vez.

—Una solución desesperada —respondió Falk—. Llevarte a toda tu familia por delante. ¿Cómo están los parientes de Karen?

—Que yo sepa, no tenía. ¿No llegaste a conocerla?

Él dijo que no con la cabeza.

—Era hija única —le explicó Gretchen—. Los padres fallecieron cuando ella era adolescente. Se mudó aquí para vivir con una tía que murió hace unos años. En la práctica era una Hadler más.

—¿Erais amigas?

—La verdad es que no. Yo...

Se oyó el tintineo de un tenedor contra una copa; venía de la puerta de cristal. Todos se callaron y se volvieron hacia donde Gerry y Barb Hadler aguardaban cogidos de la mano. Rodeados de aquella gente, parecían muy solos.

Falk se dio cuenta de que ya sólo quedaban ellos dos. Habían tenido una hija cuando Luke tenía tres años, pero nació muerta. Si habían intentado tener más hijos, no lo habían conseguido. Desde entonces, habían concentrado toda su energía en su robusto hijo superviviente.

Barb carraspeó mientras su mirada iba saltando entre los rostros de la multitud.

—Queremos daros las gracias a todos por estar aquí. Luke era un buen hombre.

Había pronunciado las palabras demasiado deprisa y demasiado alto y apretó los labios como para evitar que se le escapase alguna más. La pausa se alargó hasta que la situación se volvió incómoda y, después de eso, todavía

un poco más. Gerry mantenía la vista fija en el suelo y también permanecía en silencio. Al final, Barb consiguió despegar los labios y tomó una bocanada de aire.

—Y Karen y Billy eran maravillosos. Lo que ha ocurrido ha sido... —Tragó saliva—. Ha sido terrible. Pero espero que, cuando todo esto acabe, podáis recordar a Luke como se merece. El de antes de la desgracia. Era amigo de muchos de vosotros. Un buen vecino, un trabajador incansable. Y amaba a su familia.

—Sí, hasta que la masacró.

La frase surgió del fondo, casi inaudible, pero Falk no fue el único que volvió la cabeza. El objeto de las miradas reprobadoras era un tipo corpulento que llevaba bastante mal los cuarenta y pico que debía de tener. Al cruzar los brazos, las mangas de la camisa se tensaron sobre unos bíceps abultados que tenían más grasa que músculo. Tenía la cara enrojecida, una barba desaliñada y la mirada desafiante de los que sólo se meten con personas más débiles que ellos. Miró con descaro a los que se habían vuelto para reprimirlo, hasta que uno a uno fueron apartando la mirada. Parecía que Barb y Gerry no habían oído nada. «Gracias a Dios», pensó Falk.

—¿Quién es ese bocazas? —le susurró a Gretchen, y ella lo miró sorprendida.

—¿No lo reconoces? Es Grant Dow.

—¿En serio?

Se le erizó el vello de la nuca y también él apartó la mirada. Recordaba a un joven de veinticinco años, con los músculos tensos como el acero, pero aquel tipo tenía aspecto de haber pasado un par de décadas muy duras.

—Está muy cambiado.

—Sigue siendo un gilipollas de primera. No te preocupes; no creo que te haya visto. De lo contrario ya lo sabríamos.

Falk asintió, pero permaneció mirando hacia otro lado. Barb se echó a llorar, cosa que la multitud tomó como broche final del discurso y todos empezaron a dirigirse por instinto o bien hacia ella o en dirección contraria, según sus

sentimientos. Falk y Gretchen se quedaron donde estaban. Lachie llegó corriendo y enterró la cara en el pantalón de su madre. Ella lo cogió en brazos con cierta dificultad y el niño le apoyó la cabeza en el hombro y bostezó.

—Tengo que llevármelo a casa —dijo ella—. ¿Cuándo regresas a Melbourne?

Falk miró el reloj. «Quince horas.»

—Mañana —contestó en voz alta.

Gretchen asintió y lo miró a la cara. Después le pasó el brazo que le quedaba libre por la cintura y lo atrajo hacia ella. Falk sintió el calor del sol en la espalda y la calidez de su cuerpo delante.

—Me alegro de verte de nuevo, Aaron.

Recorrió su rostro con los ojos azules como si tratase de memorizarlo, y entonces le sonrió con tristeza.

—A lo mejor nos volvemos a ver dentro de otros veinte años.

Cuando se marchó, él se quedó mirándola hasta que se perdió de vista.